

Un día vió á Gontran de Rives, y dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Yo?... aburrirme. He venido á tomar aires á este sitio, como podía haber ido á otra parte — le respondió el señor de Rives.

—No creí que estuvierais tan aburrido.

—Más lo estoy aún de lo que os figuráis. Pienso casarme. ¡Ya veis si estaré aburrido! Además, ¡me gustan tanto los niños! Deseo que os encontréis uno debajo de una col. ¡Adiós, y buena suerte!

—¡Ese Rives es tonto!

—Esa es mi opinión—dijo el Conde de Navaille.

Aquella noche Antonieta ganó diez mil francos en la mesa de juego.

La joven era completamente dichosa haciendo aquella vida de continuo movimiento, luciendo siempre magníficos vestidos y riquísimas alhajas. ¡Cuántas envidias se despertaban á su paso! Había llegado á amar á Raul de Navaille, como amó algún tiempo al Conde de Brnaud, por los triunfos que la proporcionaba. Ella era la reina de los paseos y de los teatros, la más envidiada, la más festejada, la más querida. La joven pensa-

ba entonces en su infancia, en su padre asfixiándose sobre las hornillas, en la virtuosa Victoria que la había recogido á su llegada á París, en José y en aquel hogar honrado de que había huído.

—¡Y habrá gentes—decía—que encuentren la dicha en la virtud! ¡qué estúpidos!

La desgraciada los compadecía.

X.

El orgullo de Terral se había rebelado ante la idea de recibir dinero de Antonieta. Era uno de esos seres que sueñan con el crimen, pero que retroceden ante la vergüenza, y que antes se manchan de sangre que de lodo.

Volvió á su casa abatido. Había vendido todo cuanto podía vender: cuadros, bronce, espejos. Sólo le quedaban su lecho, una mesa y algunas sillas. La vista de aquella pobreza oprimía el corazón de Terral. Si llamaban á la puerta, no abría. No quería que le sorprendieran allí pobre, miserable, desvalido..... ¡Qué vergüenza!

Fernando se dejó caer en la cama.

—Extraña mujer—pensaba.—No me ama, y

sin embargo quería salvarme..... ¿Quién sabe s su sacrificio me hubiera sacado del mal paso?..... ¡Necesito tan poco dinero!..... Quizás con diez luises estaría todo arreglado. La suerte es terrible. En una hora diez luises pueden volverse una fortuna. Hubiera ido con ellos á Baden á probar mi martingala.....

Y su pensamiento volvía hacia Antonieta.

—Pero yo no podía aceptar, no. Hubiese sido un infame..... ¿Y por qué?..... ¿que tenía eso de particular? yo le hubiese devuelto ese dinero, aceptándole sólo en calidad de préstamo..... ¡He sido un tonto!.....

Después se levantó, y añadió dirigiéndose á la puerta:

—Después de todo, aun es tiempo..... Supongamos que voy, subo, llamo, le pido dinero..... Ya le tengo en la mano, me le llevo, espero á la noche, juego, gano. Perfectamente..... Voy ahora mismo.....

Y buscaba su sombrero, abrochándose precipitadamente la levita.

De repente se detuvo.

—¿Y si encontrase allí á uno de sus amantes?..... Esta vez no tendría derecho á matarle como al Conde de Bruand..... La escribiré..... pero

la carta puede perderse..... No, decididamente no quiero su dinero. Se acabó..... Que siga sola su destino, como yo seguiré el mío.

Sin embargo, necesitaba dinero indispensablemente. Era necesario dedicarse á la caza de oro como en otro tiempo; ¿pero á quién dirigirse? ¿á quién pedir? Debía, y debía por cualquiera parte que fuera, y pedir más sería descubrir el secreto de su miseria sin adelantar nada quizá.

—¡Ni un amigo!—exclamó Fernando, abatido por el vacío que había hecho á su alrededor en el tiempo en que, desdeñándolo todo y confiando en su fuerza, gritaba el *¡yo solo!* de Medec.

—¡Ni un amigo!

Terral buscaba, interrogaba, escudriñaba sus recuerdos, y entre toda una multitud de gente, no acudía más que un solo nombre á sus labios: Bourdenois.

—Sí, Bourdenois..... ¿pero qué ha sido de él? Quizás está más olvidado, más solo y más miserable que yo.

¡Bourdenois! ¡Este sí que le hubiera salvado si hubiera podido!

Terral pensó largamente en aquel nombre lleno de recuerdos del pasado, y poco á poco, como si la

luz se hubiese hecho delante de él, recordó que le había visto impreso no sabía dónde, quizá en algún periódico.

—¡Quién sabe! Bourdenois es pintor..... Tal vez hablasen de él en alguna crítica.

Terral salió de su casa, y dirigiéndose á un gabinete de lectura, pidió el *Livret du salon*, buscó la letra B, y lanzó un gran suspiro como si acabasen de aliviarle de un gran peso.

Había leído:

«BOURDENOIS (Carlos Enrique), natural de Murridan (Dordogne), discípulo de M. Cabane.

»Calle de L'Enfer, 11.

»269.—*Los voluntarios del 92.*

»270.—*Herault de Sechelles quemando los trofeos de la dignidad real.*»

—¡Es él!—gritó Terral.—¡Me he salvado!

Y se dirigió corriendo hacia el número 11 de la calle de L'Enfer.

Una vez en la casa, subió con rapidez hasta el quinto piso que habitaba Bourdenois.

Una mujer salió á abrir la puerta. Era ésta joven y bonita, y preguntó su nombre á Fernando.

—Fernando Terral.

—¡Oh!—dijo la joven, cuyo rostro expresó su

alegría.—Entrad, entrad. Mi marido me ha hablado mucho de vos.

—Se ha casado—pensó Terral.

Una puerta se abrió bruscamente y apareció Bourdenois en blusa de taller.

Al ver á Terral exclamó tendiéndole ambas manos:

—¡Dichosos los ojos que te ven! Te he buscado por todas partes y no he podido encontrarte..... ¿Vienes de la China, de Méjico ó de Tombouctou?

—No—dijo Terral—vengo de más lejos.

—Pero entrad—interrumpió la mujer de Bourdenois.—Aquí no estáis bien.

Terral fué introducido en el taller.

En el caballete había un lienzo comenzado, y por todas partes cuadritos y bocetos.

Una esmeradísima limpieza indicaba que una mujer cuidadosa y ordenada inspeccionaba todo aquello.

El mobiliario no tenía pretensiones, pero era nuevo y elegante. En el taller se sentía el perfume de algunas flores colocadas en jarrones de porcelana. Todo, en fin, respiraba calma y felicidad.

Terral tuvo que oír toda entera la historia de Bourdenois. Este le refirió cómo la miseria se había cansado al fin de perseguirle, qué motivo le

había impulsado á hacerse pintor en porcelana para ganar por el día el pan de su familia, y cómo trabajando por la noche hacía cuadros á la luz de la lámpara, los cuales habían encontrado por fin jueces y compradores.

Entonces desaparecieron los obstáculos para el matrimonio. El padre había consentido, y Bourdenois había buscado á Terral para comunicarle su alegría.

—Ahora soy el más feliz de los hombres—decía entusiasmado el pintor.—Mi cielo se ha despejado, y ya no me acuerdo para nada del tiempo en que estaba cubierto de nubes; pero me harás la justicia, amigo Terral, de decir que no he robado mi felicidad, sino que me la he ganado.

—Cierto—dijo Fernando.

—¿Y tú?

—¿Yo?... yo he naufragado. Tú has conducido con calma tu barco, mientras yo he llevado el mío á todo vapor y he saltado la máquina.

—¡Ah!

—Es una lección, y la acepto....

—¡Oh, muy bien!—le interrumpió Bourdenois.—Quiero que me expliques mejor tu situación. Has naufragado, pero al menos te quedará....

—Nada.

—¿Nada?

—Estoy en la miseria.

—Pues bien—dijo alegremente Bourdenois;— ¡vamos á repartir!

Y levantándose, se dirigió á una papelera de encina, cuyo cajón abrió.

—Toma.

—¿Qué es eso?

—Ya lo ves—dijo Bourdenois tendiéndole un billete de cien francos.—El precio de un cuadro. Quisiera tener diez veces más que ofrecerte; pero....

Terral vaciló avergonzado al ver aquel arranque noble y generoso del artista; pero de pronto cogió el billete, le guardó en su bolsillo y dijo:

—Pronto te le devolveré; te lo aseguro. ¡Hasta mañana!

—¿Te vas?

—Sí, porque precisamente venía á pedirte ese dinero. Esos cien francos quizá serán mañana un millón. Gracias, amigo mío. ¡Hasta la vista!

—¡Cómo!—exclamó la señora de Bourdenois, entrando en el taller.—¿Os váis ya, y habíais hecho café para que le tomásemos juntos? ¡Oh! no podéis negaros....

Terral se excusó como pudo con la señora de Bourdenois, y estrechando la mano de su amigo, salió de la habitación.

Al llegar á la escalera se cruzó con un anciano que subía cargado de libros tarareando un aire nacional. Era el padre político de Bourdenois.

—¡Cinco luises!—exclamó Terral cuando llegó á la calle.—¡Quién sabe si mañana serán una fortuna!

Se dirigió á su casa para vestirse con un traje bastante usado ya, pero de muy buen corte, y que le daba aún una elegancia relativa.

Esperó á la noche, y para hacer tiempo hasta la hora de comer se puso á pasear por delante del Círculo á que solía concurrir.

—¡Ah, qué casualidad! ¿Tenéis libre esta noche, Terral?—le preguntó uno de sus conocidos que se dirigía al Círculo.

—Sí.

—En ese caso os invitamos á una gran comida que se da esta noche en los salones Brebant por cuenta de la compañía.

Se trataba de un banquete de accionistas de una sociedad de crédito. Habían invitado á muchos periodistas, y Terral encontró allí á Olivier Renaud y á otros compañeros de placer.

Barberino había llevado con él á un joven de

ojos azules, un poco pálido, sonriente y de rubios cabellos.

—¿Quién es ese señor?—dijo Renaud á Terral.

—No sé. No le conozco.

Cinco minutos después supo que aquel joven se llamaba Pablo de Rieux y que pertenecía á una gran familia de Borgoña, según decía.

Durante la comida el señor de Rieux *hizo frases*.

Estaba sentado enfrente de Terral, y sus dientes blancos, descubiertos por una constante sonrisa, parecían aprobar cuanto decían los demás.

El café se sirvió en una pieza contigua, y al terminar de tomarle los mozos extendieron un tapete verde, se trajeron las cartas y empezó el juego.

—Vamos—dijo Terral—ha llegado el momento.

Y como sucede muchas veces en los instantes difíciles de la vida, un recuerdo de sus lecturas de otro tiempo acudió á su imaginación y murmuró casi en voz alta la conocida frase de Julián Sorel: *¡A las armas!*

Barberino empezó á tallar. Terral puso un Luis y luego otro, perdiendo ambos. Después encendió un cigarro sonriendo, y no volvió á jugar hasta que le hubo fumado. Era una superstición.

Cuando volvió á la mesa de juego, Olivier Renaud le cedió la baraja.

—Tallo tres luises—dijo Terral.

—Yo los llevo—dijo Barberino.

Terral ganó.

—Hay seis luises.

—Los llevo también—repitió Barberino.

Terral volvió á ganar, y así continuó hasta dar siete pases.

Fernando tenía delante de él un montón de oro; había ganado tres mil ochocientos cuarenta francos en dos minutos.

Cedió la baraja, recogió sus ganancias y se acercó á una ventana.

Miró el obscuro boulevard, el cielo lluvioso, los faroles de los coches que se cruzaban, y las pocas personas que transitaban, provistas de paraguas.

Y hasta aquel cuadro de la naturaleza enlutada le alegró el corazón.

—¡Qué alegre parece todo cuando se tienen mil francos en el bolsillo!—dijo.

Volvió á la mesa de juego é hizo una postura considerable; pero esta vez perdió, siguiendo así hasta que se quedó sin un cuarto, mirando petrificado las cartas, el oro, el tapete y los jugadores. Le parecía que estaba soñando; ¡ya no le quedaba nada! Pensó pedir prestada alguna cantidad á cualquiera, pero no se atrevió.

Hacía muy poco que había empezado la partida, y Terral no quería confesar que se había quedado sin dinero. Se puso, pues, á mirar examinando á los jugadores, esforzándose en hacer aparecer que se interesaba en la partida.

El ruido del oro le excitaba, repitiéndose interiormente:

—¡Si tuviera dinero! ¡Tres pases hubiera dado ya! ¡Maldita suerte!

Sus ojos se fijaron maquinalmente en el señor de Rieux que sonreía frente á él, teniendo en su mano izquierda magníficas sortijas de brillantes, cuyos destellos deslumbraban. El joven miró aquellas sortijas y vió que el señor de Rieux las sacaba de sus dedos, guardándolas en uno de los bolsillos de su levita, como para disponerse á dar cartas con más facilidad, pero en realidad para sacar rápidamente una baraja preparada.

Terral retrocedió. Por rápido que hubiese sido aquel escamoteo, no pasó desapercibido á sus ojos.

Esperó.

Dos minutos después el señor de Rieux cogía la baraja.

Puso veinte luises.

Dió nueve pases y ganó cincuenta y un mil doscientos francos.

Después dijo con su eterna sonrisa:

—Señores, cedo la baraja.

Y fijó sus alegres y azules ojos sobre los espectadores.

Terral le miraba con aire amenazador.

El aventurero palideció ante aquella mirada, y comprendió que Terral lo sabía todo; pero pronto se repuso de su emoción, y limpiando descuidadamente las sortijas de su mano derecha, se levantó como si estuviese fatigado y pasó á la pieza contigua.

Terral le siguió.

El señor de Rieux había desaparecido ya cuando Fernando entró en aquella pieza; pero en un rincón se veía un paquete blanco que sin duda había tirado al salir.

Terral se inclinó, le cogió y se puso pálido.

Era una baraja preparada.

Fernando Terral la registró anhelante y vió que estaba dispuesta para dar diez pases. ¡Diez pases! ¡Se podía hacer una fortuna! ¡Sí! ¡Una fortuna!

Y el joven contemplaba aquellos trozos de cartón, los contaba sin alterar el orden en que estaban colocados, con los ojos fijos y el rostro encendido, temblando, fascinado ante aquellas cartas que murmuraban en su oído mil cosas, prometiéndole

la libre satisfacción de todos sus apetitos. Las figuras de aquella baraja con sus brillantes colores parecían sonreírle, y Terral sentía frío ante la baraja del aventurero, que le impresionó hasta el punto de creer que iba á desmayarse.

Por un esfuerzo de su voluntad de hierro, se hizo bruscamente.

—¡Si me vieran aquí y apércibieran esta baraja!....—pensó.

Y guardándola rápidamente en uno de sus bolsillos, entró en la sala de juego con los ojos inyectados y la cabeza trastornada. Tenía miedo de volverse loco. Todo giraba á su alrededor. Las brillantes pinturas de la sala le deslumbraban; los espejos le parecía que cambiaban, saltando de unos á otros millares de chispas rojas y azules; no veía, no oía, y todo temblaba y giraba ante sus extraviados ojos.

Una idea fija, invencible, era la única que se presentaba con claridad ante su imaginación:

—¡Tienes en tu mano una fortuna! ¡una fortuna! ¿lo oyes? ¡una fortuna!

Entonces pidió diez luises á uno de sus conocidos, y como un hombre borracho se aproximó á la mesa. Esperó á que le correspondiera la baraja, cogió entonces en una de sus manos las cartas que

acababan de alargarle, las barajó, y con la destreza asombrosa de un *griego* las substituyó audazmente por las *del otro*.

Ganó, ganó siempre hasta ocho veces, fatal forzosa matemáticamente. Ante él se amontonaba el oro, y su ruido y el de las exclamaciones y cuchicheos le parecían una música deliciosa. ¡Ah! ¡era rico, tenía una fortuna, había vencido al destino, podía hacer la vida alegre y lujosa que había soñado! Ganaba más, mucho más que había ganado el señor de Rieux, más que lo que nunca había podido soñar. Las puestas eran formidables. Tenía allí, ante su pecho, al alcance de sus manos, el medio de realizar todos sus sueños, sus sueños destruidos momentos antes. ¡El lujo, los caballos, las mujeres, Antonia, todo, todo podía poseerlo con aquel oro!

De repente se interpuso ante él el brazo de uno de los jugadores que, arrancándole las cartas, gritó con voz terrible:

—¡Nos están robando, señores!

Terral se puso densamente pálido.

El pequeño Barberino enseñaba las cartas.

—¡Confesad que hacíais trampa! ¡Estas cartas están arregladas!

—¡Eso es una infamia! —gritó el señor Rieux, que miraba á Terral, colocado frente á él en la mesa

Terral, lívido, feroz, quiso levantarse para aplastar al miserable, pero le contuvieron.

Y mientras le arrastraban fuera de la sala, empezaron á repartirse el oro que él había amontonado. Hasta cerca de la puerta de salida no pudo desprenderse de los cuatro hombres que le sujetaban.

Por fin se encontró en el boulevard, solo, abismado y con la cabeza desnuda.

—Señores—dijo en voz alta Barberino—demostré gracias á mi amigo Pablo de Rieux, aquí presente, que es el que nos ha advertido la infamia de que íbamos á ser víctimas.

Todos dieron gracias al señor de Rieux.

Terral tuvo por un momento la idea del suicidio. Decididamente la suerte se encarnizaba con él, y rebelarse había sido estúpido.

Se encaminó hacia el Sena á través de las fangosas calles, y allí se detuvo en el puente y miró correr el agua con extraviados ojos.

Sus abrasadas manos se refrescaron al agarrarse á la barandilla del puente, mojada por la lluvia, y el aire fresco que azotaba su rostro calmó su fiebre.

—¿Por qué pensar en el suicidio?— se dijo.—
¿No hay más que París en el mundo?

Tras las ideas de muerte vinieron las de la fuga, y ya se veía Fernando lejos de allí, en España ó en América, comenzando una vida nueva, y más tarde volviendo á París, imponiéndose, con la frente levantada y vengándose de los que ahora le humillaban.

La pendiente de las ilusiones es rápida, y cuanto más oprime al hombre la desgracia, más cerca le muestra su delirio el fin que se le escapa.

La noche le mantuvo en sus nuevos pensamientos; pero con el día toda su audacia pareció debilitarse.

La aurora apareció pálida, triste y cubierta de celajes. Terral se sentía penetrado hasta los huesos por la humedad. Temblaba y sus dientes se chocaban como los de un colérico.

Echó á andar hacia su casa, y cuando llegó se desnudó apresuradamente y se metió en la cama. La fatiga le rindió, pero su sueño estuvo turbado por terribles pesadillas.

Cuando se levantó por la tarde, estaba más fatigado que al acostarse por la mañana.

Sentía hambre.

—¡Tengo hambre!

Este pensamiento y esta necesidad se apoderaron de él por completo.

Registró sus bolsillos, miró los cajones de su mesa, y logró por fin encontrar ciento veinticinco céntimos.... ¡Ciento veinticinco céntimos! ¡Era todo cuanto poseía!

Cogió un sombrero viejo que estaba desechado en el fondo de un armario, y salió.

Se encaminó hacia los barrios pobres, buscó una taberna donde pudiera comer sin ser reconocido por nadie, y entró.

Había allí albañiles y obreros que comían, armando un gran alboroto.

Terral se sentó en un rincón y pidió caldo y huevos.

—¡Miseria humana!—se decía con amargura;— ¡tengo hambre!

Nadie reparaba en él, pues no es tan raro como parece, ver gente de levita comiendo en una taberna; la miseria no tiene uniforme.

Terral vió á los albañiles que animaban su frugal comida con alegres canciones.

Cuando el joven mató su apetito, quedó escuchando absorto aquellas canciones.

La sala se iba vaciando poco á poco, y los parroquianos hacían al pasar una caricia á la mujer del tabernero, el cual á veces se enfadaba por esta confianza, haciéndolos reír á todos, incluso á su mujer.

Por fin Terral se apercibió de que se había quedado solo, y dirigiéndose entonces á la tabernera:

—¿Cuánto es?—la dijo.

La mujer miró á su marido.

Este hizo un ligero cálculo y respondió:

—Ochenta céntimos.

Terral pagó, y salió diciendo:

—Bien poco se necesita para alimentarse. ¡Si uno fuera filósofo!..... ¡Bah!—añadió—los filósofos son unos tontos.

Miró la hora en el reloj de una botica. Eran las ocho. ¡Qué lentamente pasaba el tiempo!..... ¿Qué hacer? Si volvía á su casa, ni aun luz tenía que encender; y si permanecía en la calle, sentía miedo y horror al pensar que podía ser visto de gentes que tenían derecho para abofetearle con la mirada..... Derecho..... ¿y por qué derecho? porque había sido más loco ó menos hábil que los otros.

—¡Pablo de Rieux! ¡Barberino! ¡Infames!

Y ni aun pasaba por su imaginación la idea de venganza. Estaba perdido y se dejaba arrastrar por la corriente, entendiendo que este era el modo de luchar contra ella.

Peró ¡qué escándalo! ¡Como debían haberse ocupado de él en todas partes! Hasta en los periódicos le desacreditarian.

—¡A mí qué me importa!—pensó.—¡Con no leerlos estoy despachado!

Entretanto no cesaba de andar, y ya se iba sintiendo fatigado.

—Aun tengo cuarenta y cinco céntimos—pensó; y añadió con triste sonrisa:—¡Es una fortuna!

Entró en un cafetín y se sentó.

—Estaré aquí hasta las doce.

Tomó un periódico y se puso á leer, ó mejor dicho, se puso un periódico delante y se entregó á las más hondas reflexiones.

La sirvieron café y no le vió, pues estaba cruzando un Océano imaginario, desembarcando en New-York, triunfando.....

De pronto levantó la cabeza. Había oído el acento de una voz conocida. Paseó su mirada por la sala y vió que dividiendo ésta en dos había un gran biombo, de detrás del cual salía aquella voz. Terral recordaba haberla oído, pero no sabía dónde ni cuándo.

De pronto se dió una palmada en la frente.

—¡Si es la voz de Fargeau!—dijo.

Se aproximó al biombo, y mirando al otro lado, vió que había tres hombres que hablaban y fumaban tranquilamente. El uno alto y grueso, el otro delgado y con cabellos rojos, y en medio de los

dos Fargeau con una pipa en la boca, interrumpiendo de cuando en cuando la exposición de sus doctrinas para lanzar al techo bocanadas de humo.

En lugar de retirarse, Terral avanzó instintivamente. Un sentimiento de curiosidad le impulsaba. Fargeau le había negado antes su mano. ¿Qué haría ahora?

Fernando quería verlo, porque un desprecio más ó menos no le importaba ya.

Se dirigió á Fargeau, pasando por detrás del biombo, y le tocó en el hombro.

Este se volvió y exclamó al ver á Terral:

—¡Ah!

Después añadió:

—¿Se os ofrece algo?

—Quisiera hablaros.

—Bueno—dijo Celestino;—ahora salgo.

Y se levantó.

El hombre de cabellos rojos hizo otro tanto, y dijo dirigiéndose al que quedaba sentado:

—¿Y vos no venís, Vobrichon?

—No; quiero leer la *Revista de los dos mundos*.

La máquina de Sand me interesa.

Fargeau había tomado el brazo del filósofo Goussard (que así se llamaba su interlocutor) y había hecho señas á Terral para que los siguiese.

Salieron.

Apenas estuvieron en la calle, Goussard tomó la conversación en donde había quedado.

Así siguieron andando cerca de una hora, hasta que llegaron á la esquina de una calle donde Goussard se despidió.

—¿Qué me queríais?—dijo entonces Celestino.

—Yo—dijo Terral riendo de una manera nerviosa—vengo también á filosofar un momento..... y á deciros que el fondo del saco de la vida es asqueroso..... Estoy arruinado, perdido..... He querido arrojarme al Sena y voy á entregarme al diablo.

—¡Ah!—dijo Fargeau gravemente.—No sabía que hubiese tanta justicia en la tierra.

—Sí, sí—dijo Terral—ya sé todo lo que vais á decirme; pero quiero oiros. El hierro candente hace gritar, y sin embargo cicatriza la herida. Decid que la audacia es estúpida, que la honradez es el único medio para vivir tranquilo, que yo he obrado mal..... pero, entre nosotros..... ¿de qué os ha servido creer en vuestro Dios mientras que yo no creía en nada, si estáis tan miserable y tan desesperado como yo?

—A eso podría contestaros—dijo Fargeau con calma—que de qué os ha servido no creer en nada,

si vuestros zapatos están tan viejos como los míos; pero esa moral sería necia, pues que nos igualaba á todos..... Estáis vencido; esa es la moral. Vuestras uñas se han roto contra la roca; esa es la moral. La moral es vuestra palidez, vuestra cólera, vuestras ideas de suicidio. Yo no he pensado jamás en matarme, pues aunque sé desde hace tiempo que la vida es una carga, espero resignado y tranquilo una recompensa á que vos no aspiráis..... ¡De modo que el hoy os falta y en el mañana no creéis!

Involuntariamente Fernando bajó la cabeza. Fargeau le miraba examinándole como un médico á su enfermo.

—¿Queréis que os dé un consejo?—dijo al verle doblar la frente.—Vuestra salvación estriba en que empecéis una nueva vida. Aun sois joven..... Os estoy dando una de esas lecciones que no suelen servir para nada; pero ¿quién sabe? la casualidad.....

—La casualidad — interrumpió vivamente Terral—es el único Dios que reconozco, y á él voy á pedirle que me saque de este atolladero.

—Hay otros dioses á los cuales debíais encomendaros con preferencia..... por ejemplo, el del trabajo.

—¡El trabajo!

Y Terral se echó á reir.

—Ya no es hora de que yo empiece ese camino. Seguiré el que he seguido siempre, sea el que quiera el resultado. Voy tras de la fortuna, y la perseguiré hasta el fin, aunque hubiese de morir en el camino.

—Pues buena suerte—dijo Fargeau.

Y se separaron.

La mirada del filósofo siguió á Terral hasta que dobló la esquina de la calle.

—A ése no se le convence fácilmente—murmuró;—pero es lo lógico, pues en él hasta el arrepentimiento sería inmoral.

Ya iba á acostarse, cuando vió sobre la chimenea de su cuarto una carta que sin duda el portero había dejado allí.

Era de Adolfo Labarbade, que le rogaba que le esperase al día siguiente.

—Esperaré—se dijo Celestino.—¡Otro que tal!

Al día siguiente Adolfo Labarbade hacía su entrada en casa de Fargeau. Su primera mirada fué un poco desdeñosa. La habitación en que vivía Celestino, contrastaba notablemente con los lujosos gabinetes de los restaurants que solía frecuentar el joven.

—¿En qué puedo servirlos?—dijo Fargeau.

—Voy á explicároslo—respondió Adolfo.

Y encendiendo un cigarro, continuó mientras arrojaba bocanadas de humo:

—No debéis ignorar, mi buen Fargeau, que el bachillerato ha sido instituido por los Gobiernos para fastidiar á los jóvenes que se ocupan de Cicerón como de la primera camisa que les pusieron.

—¡Pardiez!—dijo Fargeau, á quien divertía aquel aplomo.

—Pues bien, como sabéis, sin el grado de bachiller no se puede estudiar Derecho.

—Es claro.

—Decid más bien que es ridículo é insufrible.....—continuó.—Mamá quiere que estudie Derecho, y ya comprenderéis que yo no puedo disgustar á mamá.

—Pues entonces, tomad el grado de bachiller.

—No me aprobarían.

—¿Por qué?

—Porque odio los latinajos y no entiendo una palabra de ellos: por eso he pensado en vos, ciudadano Fargeau, en vos que sois un pozo de ciencia, un tesoro en conocimientos, un Rothschild de sabiduría.

—Pues será en lo único.

—No todo se puede tener..... En resumen, ¿queréis examinaros por mí?

—¡Eh!..... ¿Qué habéis dicho?

—Que si queréis presentaros por mí en el examen.

—¿En vuestro lugar? ¿Tomando vuestro nombre?

—¡Es tan sencillo!

—¿Por quién me tomáis?—dijo Celestino cruzándose de brazos y tratando de sonreír.—Os habéis equivocado, caballero, al creer que todos los que no llevan botinas de charol como las vuestras son unos canallas. El hábito no hace al monje. Hay muchos infelices en la miseria, que hacen lo que me pedís, porque no pueden resistir á las elocuentes voces de su estómago; pero yo prefiero apretar la hebilla de mi pantalón cuando le tengo vacío, á manchar mi nombre honrado. Me llamo Celestino Fargeau y no Adolfo Labarbade, y si por un momento habéis creído que me cambiaría por vos en algunos momentos de la vida, sabed que es un error nuevo que añadir á los muchos que ya tenéis. Conque hasta la vista, pues yo voy á salir.

—¡Ah!—dijo el joven asombrado;—¿os negáis?

—Rotundamente—dijo Fargeau, señalando la puerta al hijo de la señora Labarbade.

El joven Adolfo bajó la escalera encogiéndose de hombros y pensando que Fargeau era un imbécil.

Subió al coche que le esperaba á la puerta, y dió las señas al cobero.

Le estaban esperando para almorzar, y por el camino quería preparar las *frases* que había de improvisar á los postres.

XI.

Antonieta había terminado ya su novela con el Conde de Navaille, después de haberle arruinado. La joven no podía además vivir mucho tiempo con una misma idea. Los contratos que formaba se desgarraban rápidamente, y tenía en circulación tantos billetes de amor, que dejaba protestar algunos.

Se había hecho mucho más positiva é interesada, y ahora sabía ya el precio de una alhaja, y medía por su peso el valor de un brazalete.

Cambiaba de amantes todos los días, ávida de novedad y de sensaciones nuevas, y aquella vida frenética, eléctrica, de sobresaltos y de espasmos, que hubiera matado á un caballo, era la única po-

sible para ella, que, siempre sonriente, reemplazaba con los procedimientos químicos todo lo que iba perdiendo en su naturaleza.

Seguía siendo siempre la Antonia deseada, envidiada, adorada en las primeras representaciones, en las carreras, en los conciertos, en los bailes y en todas partes. Su sonrisa seguía siendo tan deliciosa y descubría los mismos blanquísimos dientes; pero un observador atento hubiera podido observar que tenía cierta expresión indescriptible de tristeza y de desaliento. La joven no dejaba traslucir nada de los repentinos desfallecimientos que la asaltaban á veces cuando estaba sola y la hacían lanzar gritos de dolor.

Muchas veces, al mirarse en sus magníficos espejos, se asustaba de la palidez que cubría su rostro; pero si alguno entraba, al instante se reponía y empezaba á cantar, quizá buscando el olvido.

Por la noche, el teatro, el baile y las cenas la atraían. Se estragaba el estómago con los alimentos más nocivos á su delicada salud, que cada día iba perdiendo un poco, pues era incapaz de contentarse en ninguna clase de placeres.

Todas estas sacudidas debilitaban su débil cuerpo. Se hubiera dicho que era una de esas cajas mecánicas que se desarman pieza por pieza y que